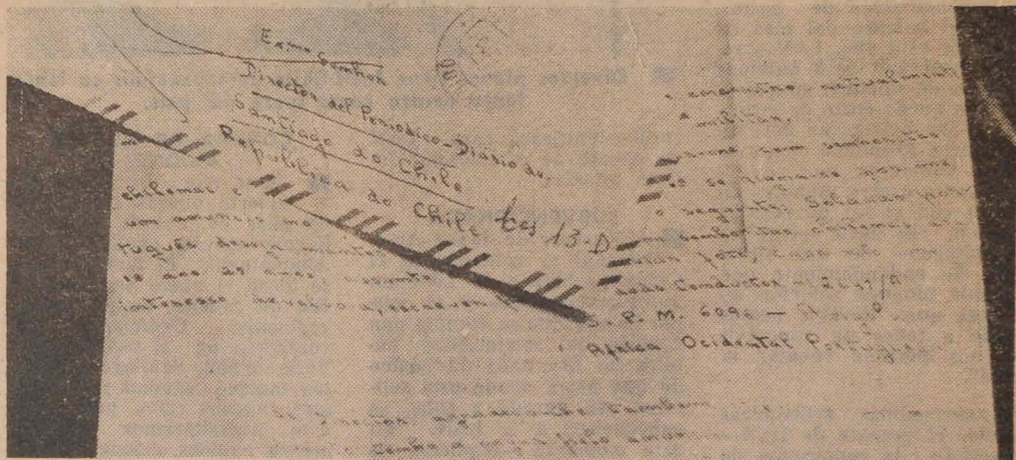


El género epistolar



■ En los albores de la cristiandad, el recién converso Pablo se dio a la tarea de difundir su nueva religión por medio de cartas cuyos destinatarios eran los pueblos y tribus que visitaba. Esas cartas serían recogidas, después, con el nombre genérico de Epístolas de San Pablo y como tal han llegado a nuestro conocimiento. Nació así el género epistolar.

Desde entonces son muchos los autores que no han resistido la tentación de publicar su correspondencia. Críticos y estudiosos por otra parte se han dedicado a hurgar en los archivos de escritores fallecidos para terminar publicando cartas de ellos que no estaban destinadas a ese efecto. Por último, no son pocos los escritores que han encontrado en el género epistolar la forma más eficiente de comunicarse con sus lectores.

La lectura de tales cartas siempre provoca un gran interés. Suponiendo que toda misiva encierra una relación personal entre quien la escribe y su destinatario, conocer su texto implica dar satisfacción a ese morbosos sentimiento que es la curiosidad, el atisbar en la vida de los otros, sorprenderlos cuando se supone que no están siendo observados.

Las cartas de Marcel Proust a su madre nos exhiben al novelista francés en una dimensión que lo empequeñece. Egoísta, obsesionado con su asma, preocupado de las minucias de una vida social superflua, nada en ellas, descubre la sensibilidad de la que hace gala su obra literaria. En cambio, la lectura de la correspondencia entre Lawrence Durrell y Henry Miller arroja una nueva luz sobre la capacidad creativa y las desbordantes vivencias de estos dos gigantes de la literatura contemporánea. A Lord Chesterfield, quien en vida fue considerado un gran estadista y ocupó altos cargos públicos, hoy sólo se le recuerda por la publicación de sus "Cartas a mi hijo".

Hay cartas de escritores que valen más que cualquier tratado de técnica literaria. En ellas se expresa lo que significa el solitario y apasionante oficio de escribir. Rainer María Rilke, el poeta alemán, podría haber escrito solamente "Carta a un joven poeta"

para tener asegurado su lugar en la literatura universal. Más próximo a nosotros, el argentino Ernesto Sábato, en su última novela, "Abadón, el ángel exterminador" inserta una carta a un joven que le pide consejos para llegar a ser escritor. Es uno de los documentos más veraces y desgarradores que sobre este tema se han escrito en la lengua castellana.

La mayor preferencia de los lectores recae, sin embargo, en las cartas de amor. Tal vez porque todos las han escrito alguna vez o han deseado escribirlas y buscan en el epistolario sentimental de un nombre conocido el secreto de la redacción amorosa. Generalmente, el resultado es defraudante. Cuando Sergio Fernández Larrain publicó hace un par de años las cartas de amor de Pablo Neruda, el curioso lector tuvo que reconocer que había más intimidad pasional en los versos públicos del gran poeta que en su correspondencia privada.

Seguramente el interés que provocan los libros que contienen correspondencia epistolar nace del hecho de que el hombre común, aquel que nunca soñó con las glorias literarias, jamás imaginó dedicarse a la tarea de escribir un poema, una novela o un drama, pero sí ha tenido que escribir una carta y en la indecisión que siempre produce la hoja de papel en blanco, la elección del vocativo correcto, la expresión apropiada de sus ideas o sentimientos, recurre al modelo que le ofrece el escritor de nombradía.

Y, las más de las veces, tiene que aceptar que ese modelo no es tal, que un escritor profesional parece sentir la misma dificultad que el hombre corriente en esto de escribir cartas y que, como un todo, en el género epistolar hay especialistas que nada tienen que ver con la capacidad literaria, sino con otras facultades, como las de aquel cura de pueblo de los versos de Compoamor al que todos, en un momento u otro de nuestras vidas, hubiésemos querido recurrir con el mismo angustiado ruego de la moza campesina:

"Escribidme una carta, señor cura..."

PARTIQUINO